

EL RINCÓN DE VÍKTOR

Jueves, 01 de Agosto de 2013

LAS PRIMAVERAS PODRIDAS. LA VERDAD DE LAS REVOLUCIONES ÁRABES.

En los últimos tiempos hemos asistido a lo que se ha dado en llamar *las primaveras árabes*. Se ha tratado de identificar esos hechos con las *primaveras* más famosas de la Historia: la de Praga y la de París, ambas en 1968. Eran movimientos de carácter ciertamente revolucionario, cuyas realizaciones aún hoy todavía se están discutiendo. En Praga, el sector reformista del partido comunista checo dio un golpe de Estado con el fin de impulsar un cambio hacia la democracia. Sin embargo, unas semanas más tarde, las tropas del Pacto de Varsovia machacaron el conato reformista con una represión atroz. En París, cuna de la democracia contemporánea europea, el movimiento revolucionario tenía un carácter más que político, social y cultural. Se inició la llamada *revolución sexual*, y se entró de lleno en una nueva cultura, la del amor libre, la libertad personal total o radical, la ruptura definitiva de los tradicionales lazos de familia, matrimonio, religión, etc. Uno de los resultados de aquellos años es nuestra actual cultura basura de la que desgraciadamente estamos disfrutando en estos momentos. Todo vale sería un buen resumen.

Son, por lo tanto, revoluciones raras, atípicas, y sobre todo, mitificadas. Muy mitificadas. Lo que más grave me resulta es que, extrapolando esas experiencias, los periodistas y analistas políticos apliquen el término de *primavera* a los movimientos de los países árabes de estos últimos tres años. Primero, hay una diferencia cronológica de más de cuatro décadas entre las primaveras clásicas y las actuales. Segundo, hay una diferencia geográfica evidente entre ellas: las primeras se produjeron en Europa, y las segundas tienen que ver con el norte de África, Oriente Próximo y la península de Arabia. Tercero, las diferencias culturales entre ellas son evidentes: las primeras se dieron en el seno de la cultura europea, ya sea occidental o del Este; las segundas se han dado en países y sociedades islámicas, con una serie de peculiaridades que conviene tener en cuenta, y que en los debates de periodistas y demás analistas no han sido tenidos en consideración. Y cuarto, hay unas diferencias en cuanto a nivel del desarrollo económico brutal entre las sociedades: en las primeras se trataban de sociedades desarrolladas (Francia, Checoslovaquia), mientras que las últimas se han dado en países bien en vías de desarrollo (Marruecos, Túnez), o bien subdesarrollados (Egipto, Libia, Siria, Yemen). Por lo tanto, jamás puede identificarse las *primaveras del 68* con las *primaveras árabes* de estos últimos años.

El desencadenante de los acontecimientos tuvo lugar a finales de 2010 en Túnez, donde un joven estudiante tunecino, autor de un blog en internet, llamó a la revuelta contra el gobierno autoritario de Ben Alí. A nadie se le escapa que en el contexto neocolonial en que vivimos, los jefes de gobierno de los países neocolonizados los deciden las potencias excoloniales (en realidad se asiste a la prolongación de la colonización, pero con otros medios, como por ejemplo, a través de multinacionales del país neocolonizador). Ben Alí estaba impuesto por Francia y Estados Unidos. Sin embargo, en Túnez, desde mediados de los años noventa, el movimiento islamista radical, ha ido creciendo como la espuma. Aquí aparece en liza una organización llamada Hermanos Musulmanes. En los años veinte, esta organización pretendía reformar todos los territorios musulmanes, acomodarlos a la modernidad. Eran un movimiento transformador de las sociedades musulmanas de entonces. Pero tras la segunda guerra mundial, el carácter reformista del grupo comenzó a pudrirse. Entonces dieron un giro de 180 grados, y se convirtieron en reformistas, pero en sentido opuesto. Es decir, los islamistas consiguieron infiltrarse en su organización hasta coparla. Desde los años cincuenta en adelante han ido haciéndose hueco en todos y cada uno de los países con mayoría musulmana. En los noventa terminaron por convertirse en un movimiento político. Ellos siempre se consideran reformistas, pero en realidad sus reformas van en sentido opuesto a la modernidad.

El desconocimiento de este tipo de hechos consiguió algo que parece increíble. En occidente hemos visto con muy buenos ojos que los Hermanos Musulmanes liderasen en un par de semanas las revueltas contra Ben Alí en Túnez, y se hicieran dueños de la situación. Presionados por la comunidad internacional (fundamentalmente Estados Unidos y Europa), una vez había desalojado el poder Ben Alí, iniciaron un proceso constitucional. Para sorpresa de todos, los Hermanos Musulmanes tunecinos vencieron tanto en el proyecto de Constitución, como en las presidenciales. Y durante los últimos meses hemos asistido a la aparición de nuevos movimientos de revueltas contra el gobierno establecido a principios de 2011. Y todo por un hecho crucial: la escasez de alimentos básicos, y la consiguiente subida del precio de los mismos. Nadie se pregunta por qué si era tan nefasto el régimen de Ben Alí, no hubo revoluciones antes. La respuesta es muy sencilla: no había crisis económica global. Antes al contrario, Túnez llegó a superar incluso a Sudáfrica en PIB a finales de los noventa gracias al turismo. Pero ese ciclo había llegado a su fin. El nivel de paro fue brutal, y la escasez empezó a hacer mella en más de un tercio de la población.

Los sucesos de Túnez, en medio del mundo global en el que estamos inmersos, llegaron al conocimiento de marroquíes, libios, egipcios, yemeníes, jordanos, sirios, barheimíes e iraníes. En Marruecos, el rey

Mohamed VI tomó nota e inició una reforma constitucional de gran envergadura. Marruecos no ha abandonado su carácter musulmán, su monarca sigue la tradición alauita, pero ha acoplado su sistema político con unos tintes más democráticos a imagen de Europa. No sería extraño que en un futuro no muy lejano, a juzgar por su situación económica y geográfica, con unas pequeñas reformas, Marruecos pudiera aspirar a entrar en la Unión Europea. En Marruecos hubo dos semanas de protestas, cayó el gobierno, pero el régimen permaneció, eso sí, con reparaciones de urgencia.

En Libia, el coronel Gadaffi, reconciliado con Europa y Estados Unidos desde 2003, tuvo serios problemas para reprimir las marchas y manifestaciones pacíficas que dieron pie a la revuelta militar contra su régimen. Gadaffi había tomado el poder a finales de los sesenta, aupado por la URSS. En los ochenta se convirtió en el azote de Occidente, y financió a grupos terroristas musulmanes. En los noventa comenzó su reciclaje político y empezó a formar alianzas con los europeos ante las nefastas consecuencias del embargo comercial. El petróleo libio, el único que no arde, comenzó a llegar al norte del Mediterráneo, con España como uno de los principales destinos. Sin embargo, a Gadaffi se le fue la situación de las manos conforme transcurrían los primeros meses de 2011. En mitad de una enorme tensión internacional, con Rusia y China amenazando a Estados Unidos si intervenía contra Gadaffi con represalias de todo tipo, la ONU decidió una intervención humanitaria sobre los libios. Los occidentales no podrían luchar contra Gadaffi, pero podían apoyar con material humanitario, y sobre todo, con armas, a los rebeldes. Rusia y China callaron. Luego se supo que Estados Unidos había firmado acuerdos militares y diplomáticos con ellos bajo cuerda. El contenido de estos acuerdos algún día se dará a conocer. Gadaffi cayó irremisiblemente. Lo peor es la sensación de caos, desgobierno y descontrol que llegó a la nueva Libia. Se sabe que los islamistas radicales se han hecho fuertes en el desierto. En algunas capitales, como en Bengazi, ya han ocurrido atentados mortales en las embajadas occidentales, sobre todo en la de Estados Unidos. La comisión de reconstrucción de Libia y el Gobierno provisional siguen estando en Europa, a la espera de poder trasladarse al país con unas mínimas garantías. Y el dinero que Estados Unidos y Europa dedica a la reconstrucción del país está en paradero desconocido. De tal forma que, a día de hoy, agosto de 2013, dos años después del final de la guerra, Libia es un Estado fallido. Un Estado que ha fallado antes incluso de haberse puesto en funcionamiento. Eso sí, las multinacionales extranjeras, occidentales, han campado a sus anchas. Nada importa que no haya gobierno, y que la población siga luchando en medio de una guerra tribal sin fin. ¿Dónde han visto aquí siquiera un atisbo de *primavera*?

En Egipto, las protestas contra el régimen de Mubarak se hicieron intensas en enero de 2011. Mubarak, siguiendo el ejemplo marroquí quiso cambiar la constitución a toda prisa para darle un resquicio reformista a su poder. Sin embargo, el propio ejército fue quien dio un ultimátum a Mubarak, y éste tuvo que dimitir. El ejército es la clave del régimen egipcio. El 50% aproximadamente de la riqueza del país la aporta el estamento militar. Así pues, son los militares quienes controlan el sistema. Así fue desde que Nasser derrocó la monarquía en los años cincuenta. La URSS primero, y luego, tras la muerte de Nasser EEUU, han ido financiando al ejército egipcio. Solo así se explica la firma de la paz entre egipcios e israelitas en 1979. Mubarak era el hombre de EEUU y Gran Bretaña. El régimen estaba consolidado y funcionaba. Sin embargo, como en Túnez, la crisis económica hizo mella en el seno del ejército, por supuesto que también lo hizo en el de la población, y había que dar un vuelco rápido a la situación. El proceso revolucionario, si es que así se le quiere llamar, aunque la revolución era bien distinta, tomó unos tintes parecidos a los de Túnez. Se celebró un referendo constitucional y unas elecciones presidenciales. Y entonces ganaron los Hermanos Musulmanes. Igual que había ocurrido poco antes en Túnez. Mursi, el nuevo presidente, comenzó a desplegar toda la carga ideológica del islamismo radical. Hasta el punto de que quiso arrogarse poderes supremos. Esto no fue el detonante de su caída. Por supuesto, Egipto sigue en crisis, la subsistencia es cada día más difícil. El verdadero detonante es que quiso arrogarse poderes por encima del ejército, único estamento intocable en el régimen egipcio. Los militares no lo iban a consentir. Los bulos sobre Mursi dirigidos desde los cuarteles comenzaron a circular en mayo de 2013. En junio volvieron las manifestaciones masivas. A finales de junio, el ejército dio un golpe de Estado y depuso a Mursi. En este momento es muy probable que haya una guerra civil en Egipto. La razón es muy sencilla: el ejército y las fuerzas democráticas prooccidentales no van a tolerar que el islamismo triunfe. Pero como se ha demostrado en las elecciones, la mayoría de la población egipcia no solo profesa el Islam, sino su versión más radical, la que representa Mursi. Éste había iniciado el camino hacia la islamización del Estado. Es decir, de la formación de un nuevo Irán. Hoy son muchas más las dudas que las certezas las que se tienen en Egipto.

En Yemen, una república tribal donde la excepción es encontrar tecnología occidental, llegaron las noticias de otras partes del mundo musulmán. A los yemeníes, por lo general, les importa poco el régimen político que tengan. Pero a las multinacionales no. El líder yemení había iniciado una marcha que no gustaba, sobre todo a Arabia Saudita, peón de Estados Unidos en la zona. Fueron los sauditas quienes financiaron la revuelta yemení. Yemen estaba negociando con China su petróleo. No entraba en los planes de Arabia ni Estados Unidos. El líder yemení sufrió un atentado que pudo costarle la vida. Salió de él en unas condiciones lamentables. Se tuvo que ir al extranjero para curarse. No volvió a pisar Yemen. Simplemente Arabia se había decidido por otro líder. Lo impresionante es que los periodistas y analistas ya no se refieren a Yemen. Y no lo hacen porque metieron la pata. No hubo allí ningún cambio hacia la democracia, como los que aparentemente había en otros países.

En Jordania, el rey Abdalá II se vio en un serio aprieto cuando no dio importancia a las manifestaciones que sacudían todo el país, y de pronto, fue requerido por la secretaria de Estado de Estados Unidos, Hillary Clinton. Jordania es una pieza clave en el tablero de Próximo Oriente. La islamización del país sería un serio varapalo para la política norteamericana. Para su Imperio global. Abdalá tomó el ejemplo de Marruecos, depuso al gobierno e inició una reforma constitucional en profundidad. Los jordanos obtuvieron algunas de sus pretensiones. Sobre todo, el voto libre, directo y universal. Las directrices de Washington fueron cumplidas sin rechistar.

En Bahrein ocurrió algo parecido a lo sucedido en Yemen. Cuando los pozos de petróleo entraban en la órbita de China, Arabia Saudita y Estados Unidos iniciaron la maniobra para desalojar del poder al militar que había dirigido las negociaciones con los chinos. Son hechos más identificables con los propios de la Guerra Fría que de una primavera revolucionaria. En Bahrein apenas hubo gente que saliera a protestar a pesar de que las imágenes que nos han llegado muestran enormes masas de población. Sin embargo, ya se sabe que han contaminado la información, y han mostrado imágenes de disturbios antiguos en Arabia, en Argelia, Líbano o Irak. Hubo un golpe de palacio dirigido por Arabia Saudita y Estados Unidos. Y ahí acabó la primavera árabe.

En Irán hubo una oleada de manifestaciones y protestas censuradas por el gobierno. Hubo una enorme represión. La tensión creció hasta el punto de que a finales de 2011 se creyó como inminente una guerra entre Estados Unidos e Irán. Sin embargo, a poco que se estudie un poco la geopolítica mundial actual, uno se termina de dar cuenta de un hecho importante: Irán es un aliado de Rusia y de China. Irán suministra petróleo a Rusia y a China. Rusos y chinos han formado un frente común frente al poder omnipotente de Estados Unidos. Y de la misma forma que Arabia es un peón de los americanos en oriente medio, Irán lo es de rusos y chinos. No hay movimientos en falso. Todo está muy medido. No se va a iniciar una guerra mundial por Irán. Las peculiaridades del régimen iraní hacen imposible una reforma hacia un sistema occidental. Pasará mucho tiempo para que esto suceda, si es que sucede alguna vez.

El caso de Siria es el más sangrante, el más sangriento, y sobre todo, el que ha destapado con toda su crudeza cuál es la realidad de las famosas *primaveras árabes*. En Siria, las protestas comenzaron de forma tímida a mediados de 2011. Sin embargo la situación comenzó a agravarse cuando una parte del ejército se rebeló contra Al-Assad, el líder del país. Hay que pensar en condiciones neocoloniales. Es lógico que siendo Siria un país de la misma zona que Egipto (un país que formó una federación con éste último que se llamó la República Árabe Unida a la que se unió Yemen durante algún tiempo), compartan el mismo tipo de régimen. Ésa es la realidad. El régimen militar sirio estuvo financiado por la URSS, pero desde los noventa fueron los EEUU quienes comenzaron a financiar el régimen. Raro vuelve a ser que si Al-Assad es tan sanguinario y tan cruel, solo se haya rebelado su población en 2011. Cuando lleva en el poder décadas.

Todo vuelve a estar orquestado por los servicios de espionaje, para remover la sociedad, atraerse a una parte del ejército, y dar un golpe de timón en el país. La situación parecía tornarse similar a la de Libia. Una guerra entre rebeldes y legitimistas asola aún hoy el país. Sin embargo, Al-Assad no tiene una posición tan débil como la que tenía Gadafi. La realidad es que buena parte de su ejército, casi las tres cuartas partes de él, aún le guarda respeto y fidelidad. Solo unos pocos oficiales se han erigido en cabecillas anti-Al Assad. Los rebeldes, se ha demostrado hace poco, tienen muy poco o nada de democráticos. Forman parte de ese grupo gente como Al-Qaeda, los Hermanos Musulmanes y otros grupos radicales. Solo hay que ver las imágenes como la del guerrero que se come literalmente el corazón de su enemigo abatido. Ésa es la naturaleza de la oposición democrática que se nos vende en Occidente.

Han ocurrido hechos bastante curiosos. Los noticiarios nos daban por hecho que los rebeldes iban a entrar en Damasco en horas. Eso, a lo largo de meses. Luego se demostró que estaban a centenares de kilómetros de la capital. Los noticiarios nos daban imágenes de helicópteros de Al Assad abatidos por los opositores. Y en realidad eran helicópteros de los rebeldes. Y sobre todo, el gran montaje del uso de gas venenoso por parte de Al-Assad a su población, argumento que servía para que Estados Unidos y Europa pudieran ayudar a la oposición. Lo único que se ha podido comprobar es que ha sido la oposición quien ha usado gas naranja en amplias zonas del norte del país, con la complacencia de Turquía.

El problema radica en que Rusia posee una base naval muy importante en Siria, en la ciudad de Tartus, donde arma a Al-Assad. Ahora se van conociendo las verdaderas razones de la guerra siria. Al-Assad había cambiado de bando en la nueva era de la Guerra Fría. Los rusos mantienen varios portaaviones y fragatas en Tartus. Y advierte a Estados Unidos y a Europa de que cualquier intento de aproximación a la zona lo considerará como motivo de guerra. No habrá una guerra mundial por Siria. Por eso la guerra siria sigue enquistada. Lo que me resulta curioso es que, desde hace un par de meses, ya no nos llegan apenas noticias o imágenes de lo que ocurre en Siria. Es como si ya no fuera importante. ¿Es que quizás Al-Assad tiene la situación bajo su control y conviene decir que los intereses occidentales han sido derrotados?

Vemos que la realidad de las revoluciones árabes, mal llamadas primaveras árabes, no es sino la de una nueva etapa histórica donde el neocolonialismo se mezcla con una nueva era en la Guerra Fría, que muchos ya creían superada. Es el nuevo orden mundial que se está reconfigurando, pero nada más. La partida de ajedrez de la

guerra fría ha vuelto a empezar. Cuando muchos vieron un jaque-mate en la caída de la URSS por parte de EEUU se equivocaban. Las dos potencias ya habían firmado tablas en los acuerdos de desarme de Washington de 1989. La última noticia de hoy (Rusia concede al espía americano refugiado en su país, Snowden, el asilo político) no hace sino rubricar aún más si cabe, el hecho de que la Guerra Fría sigue en vigor. Tan en vigor como hace cuarenta o cincuenta años.